

EPILOGO

EL BUITRE

¡Lloras, Deseada mía? ¡tienes frío?  
¡Maldita fuerza! ¡Al traicionarme diste  
muerte a mi Deseada!

DESEADA

(Moribunda.) ¡Oyes? El rumor de la  
playa vecina trae el eco de una triste can-  
ción... oye... escucha...

EL BUITRE

Es el canto del bosque... ¡duerme!  
¡duerme!

DESEADA

No, no es el rumor del bosque... clara-  
mente lo distingo... dice así:

¡Oh los campos de lirios! ¡Lohengrines gue-  
rreros!  
las heráldicas flores que hizo el cierzo caer...  
¡Oh los nidos amados de los tristes aleros...!  
enflorada pradera... desolada mujer...  
¡Oh las pálidas frentes de ignorados poetas!  
¡Oh las hojas marchitas que con loco girar  
suspiráis por las ramas enfermizas y escuetas...  
ved a un ave que muere, de llorar y llorar...!

(Desciende la noche...)

CAMPAMENTO "GENERAL VEGA"  
Mayo de 1904.

LA TAREA

**D**URO y macizo nos habían zurrado  
los mayas, y por eso ordenaron abrir  
el antiguo camino, hasta darle una anchu-  
ra de cincuenta metros.

Emprendimos ciento seis el trabajo.  
Restan ahora ventidós, y vamos a la mi-  
tad más o menos de la obra.

¡Felices los que faltan! En su ocupación  
actual no andarán a mal traer ni con los  
zopilotes ni con la gusanera.

¡Oh, zopilote filósofo! Trágico enluta-  
do: cuando me llegue el turno, no contri-  
buyas a que me sepulten, cosa fácil de  
conseguir con sólo suplicar a tus cama-  
radas no denuncien con su ronda el lugar  
de mi caída. ¿Queréis devorarme? En bue-  
na hora sea y guíales tú mismo si gus-  
tas... pero andando o a brincos por en-  
tre la maleza. No voléis... Al fin ese día,  
ni deseándolo podré reír de vuestros pa-

sos de tonto. Guíales y de una buena vez por todas, terminen por lo que a mí toca rastro y nombre.

¿Habéis visto en las noches de otoño, rasgar el espacio cuerpos encendidos que parecen venir diligentes hacia nosotros y antes de llegar se extinguen en un ¡ay! destellante, decepcionados tal vez de cuanto en la tierra miran? Así también en el cielo otoñal del alma de los ventidós y allá de vez en cuando, brillaban partículas desprendidas de nuestras almas mismas... Eramos fuertes... luminosos. Por un momento nuestra noche se veía constelada. Nada importa si luego cada una de las pequeñas lucitas se extinguía. ¡Eramos fuertes... brillábamos!

Nos reuníamos a la hora del rancho; primero cuatro o seis, doce después y todos al fin. No pensábamos en beber, no en robarnos, no; sino en construir mil y mil proyectos en terminada la cuchipanda.

Quién de venganza en contra del que, injustamente, y por robarle su parcela, obtuvo del cacique le aderezasen un acta de sorteo... ¡y al Territorio!

Quién contra su Capitán. ¿Acaso y por no haberle podido sacar sus ahorros cierto día en que una pícara sota le escamo-

teó el haber de la compañía, logró le refundieran a operarios, y... al Territorio con él?

Quién contra su Teniente, el cual, por no haber quedado satisfecho de su habilidad para dar lustre a las botas, lo declaró incorregible, y... ¡al Territorio!

Quién contra el amo de la hacienda, que, por birlarle su hembra, le acusó de sospechoso, y... ¡en cuerda al Territorio!

Y hasta los había francos: Yo—decía el Zanate—no me ando con melindres. Ni volviendo a nacer he de perder la maña; lo que yo me engrío más de un peso de "guada," que de cinco del trabajo. ¡Ustedes dispensen!

Y así departíamos hasta las diez o doce de la noche.

Entonces le cobré ley a Narciso; *Chicho Largo*, como le decíamos; el de las tres eses: el más feo, el más flaco y el más flojo. Aseguraba no tener culpa de ser así, pues toda su vida había pesado más que su voluntad para el trabajo, algo que le aconsejaba tirarse en cualquier lado y dormir, siendo de notar esto: aun cuando con intención de hacerlo se acostase, en acostado no había manera de conseguirlo, porque como él decía—tirándose del la-

bio inferior, para quitar a su boca el aspecto de viejo que aquélla le daba en gracia de sus dientes chatos—"Estoy en pie trabajando... y me caigo de sueño; me acuesto a dormir, y se me va en pensar, en pensar y en pensar: Cuán bueno hubiera sido haber hecho esto, para que no me hubiese ocurrido lo otro y lo de más allá. ¿Hay ocupación más imbécil?"

Contaron, contamos mejor dicho, nuestras respectivas *hazañas*. ¡Oh las novelas! Asaltos en los que la justicia se despepitaba hasta la fecha inquiriendo el rastro de los protagonistas. Puñaladas, amores... y todo, sin oírse otro ruido capaz de distraer al narrador, a no ser el producido al "liar" nuestros cigarros, elaborados con papel de periódico, o la enfática voz de alguien que, al oír cada heroicidad, no podía menos de exclamar: ¡Caramba!

—Pues yo—dijo Chicho arrebatando al Toro la palabra—no tengo dramones por contar, ni me conmueven los de ustedes. Al Toro ni le dejo empezar su historia; ya me la sé al dedillo. Y encarándosele, agregó: Me dijiste: "Estoy aquí por insubordinación con vías de hecho causando la muerte al superior..." Y le mandaron

por unas sardinas en lata que le andaban nadando en los bolsillos y un reló que por no decir la hora, se fué a esconder en uno de sus zapatos. No señor, pan pan y vino vino; y yo digo la verdad, así horquen a Trinidad.

Yo... lo cierto:

—Era mi amo un príncipe... Bueno, cuentan cada sinvergüenzada de los príncipes... Por eso lo llamo así. Vaya si me regañaba doña Petra, como me comiera lo de "niño Jacobito." Jacobito se llama él... ¡Valiente niño! Nada, quien con niños se acuesta, con su pan se lo come. Por culpa de él estoy aquí. Le regañaron cierta vez en el colegio, y vociferó doña Petra: "No güelves a poner los pies allá, hay dinero a Dios gracias y te educas en casa." Y así se hizo: maistro de esto y de aquello... y fuera de ler y escribir, malajo pa lo que aquel niño sabía.

—"Narciso, cuídame bien a Jacobito esta noche; va al Ateneo pa que se inauguren sus puesías."—Pobre doña Petra! El Ateneo eran las tandas y después de la cuarta... a la lionera.

Yo a esperarle llueva o truene. Un día, digo mal, una noche, aguardaban buena presa; me dieron la llave con orden de no

moverme de la puerta hasta cuando llegaran ellas o ellos pa entregárselas. Eran ellos, Jacobito, uno de sus maistros y un pica pleitos; uno de esos licenciados sin título.

Llega primero la prenda y empieza a hacer remilgos para entrar; porfío... se cuele... y olvídaseme lo de estar en la puerta. Me platica... le platico, y así supe cómo una vez había ido al mismo lugar con otra del arma; de la cómoda, según me dijo, sacaron la *peya*. ¿Pa qué me platicaría lo de la cómoda? Por mi Dios; antes, nunca había pensado en eso, y baúles, roperos, todo lo tuve a mano y sin fiscales... Ella me dice lo de la cómoda, y entre ceja y ceja se acomodó aquello... y al mal paso darle prisa.

Entre los dos decenrrajamos al almatroste; esa nochi nos quedamos en un hotel de mala muerte... le dimos vuelo a la carlanga, anduvimos mangoneando más di ocho días, al cabo de los cuales me pescaron en un tiatro del barrio... ¡Ocho días!

No sé dónde estará ella... yo aquí estoy para servirles.

\*  
\*  
\*

A partir de ese día, y por su franqueza, aumentó mi cariño para Chicho; cesé en mi manía de corregirle al hablar: "No se dice decenrrajé" "no digas almatroste..." etc.; no me irrité más cuando lo encontraba tirado entre los árboles, cuan largo era—creo haber dicho que era mucho, y de no ser así, hoy lo digo—boca arriba, la cabeza apoyada sobre las palmas de sus manos, mientras nosotros echábamos el alma derribando árboles para dar cima a la tarea.—Acaba la tuya; no sea y te caliente el capataz, Chicho.—No puedo ni me molestes también tú, si te cres menos mula que los otros.

Y le dejaba en paz.

Y llegó el día. Desesperado el Teniente por lo poco que de la brecha se avanzaba, discurrió lo siguiente: señalar a cada uno un tramo de diez metros... la brecha tenía cincuenta de ancho. Para dicho, resulta fácil; pero hacerlo... ¡y hacerlo cada día!

Esta circunstancia vino a divorciar a los veintidós, pues era parte de la orden que, cuando alguno de los operarios no concluyese a la hora reglamentaria su ta-

rea, le ayudaran los otros y después se *cobrarían*. Entendíase por *cobrase*, que, en terminado el desmonte del omiso, le cogiesen todos por su cuenta a golpes, no por el filo sino por lo plano de sus machetes. ¡Hacernos a cada uno el verdugo de los otros! A decir verdad nos conocía el Teniente.

Duerme en cada unidad de las multitudes una partícula de monstruo, y cuando la ocasión llega y el diablo azuza, de su obra se maravilla el diablo mismo. Aborrecí a los veintiuno y los veintiuno me aborrecieron de seguro.

Les conocí a ellos, y ellos a mí. ¡Supe quiénes éramos los ventidós! Y fué el Teniente... él lo hizo.

—Por meternos corva—afirmaban unos.

—No lo hará; cómo ha de hacerlo.

No recuerdo haber tenido desde entonces una noche constelada, ni volvimos a sentir aquel *algo* que de vez en cuando nos unía.

Aprendí por qué las exhalaciones se extinguen en un ¡ay! rutilante antes de llegar a tierra.

No volvimos a ser unidos; a recordar; a construir los mil y mil proyectos que nos hacían breves las noches.

¡No volvimos a brillar!

¡Mal haya él, pues apagó aquella chispita apenas nacida en cada uno, a cuya luz pudimos reconocernos hermanos de una inmensa y desolada familia, y esperar el mejoramiento lejano...! ¡ay, tan lejano!

Alguno debía ser el primero, y fué el primero Chicho Largo. Dejó de concluir su tarea un sábado. Cuando los capataces consultaron al Teniente el caso, díjoles éste si las órdenes habían sido transmitidas en maya o si ellos no comprendían el español.

Oír su resolución y adelantarme a coger mi machete y conmigo los demás, fué todo uno. Antes de media hora, habíamos terminado la tarea de Narciso.

—¡A cobrarse, muchachos!—gritó el capataz.

¡Con que era verdad! Asomóse el Teniente a la puerta de su barraca... ¡y empezó la función!

Toro dió el primer planazo; cuándo iba a perdonar las veces en que le había exhibido Chicho como fanfarrón! Como al pobre Largo se le hubiera escapado lo que no es para escrito de la madre de Toro, dos planazos más de todos los cama-

33297

radas le cruzaron la espalda... y la función prosiguió.

Chicho, con los ojos inyectados, crispados los puños, escupía a las caras de todos sus verdugos las blasfemias más atroces, y entonces sí tocaron a rebato.... Hasta el Teniente azotaba, no con su espada seguramente, sino con su risa aguardentosa: No le den recio... ja... ja... ja... ¡si parece lombriz! ¡Ya basta...! Ya basta... ja... ja...

No es la primera vez que me ocurre ver claro dentro de mí cuanto deseo decir, sin poderlo exteriorizar. Me sentiría capaz de desembucharlo sin tropiezo en una conversación y sin omitir detalle... ¡pero escribirlo! ¡escribirlo!

¿Con qué voy a comparar aquella zambra del demonio... aquel baile de truhanes? ¡Riendo, cantando y maldiciendo mientras martirizaban a mi amigo! ¡Pobre víctima... pobre Chicho! Sin fuerzas ya; espumante la boca; como bestia acosada, sin conservar otra cosa de humano, como no fuera su desgracia. Apenas si hablaba, y, caso de hacerlo, era para reju-

venecer a las ancianas madres de cada quién; para vomitar un haz de desvergüenzas al que en ese momento le azotaba.

Las últimas tintas del crepúsculo rojo de ese día, al bañar la escena, me recordaban las viñetas de la obra del Dante ilustrada por Doré, que tanto agrada a mis compañeros de infortunio, menos por el texto que por sus "monitos"—como ellos dicen.—Trasunto del infierno en donde no faltaba Satanás... Se me antojaba verlo en el Teniente, sentado a horcajadas sobre un tronco recién derribado, cuando gruñía, sin dejar de reírse: Ya basta... ¡basta!... ja... ja... ja...

Dos días después ingresé con calenturas a la enfermería.

¿De miedo? ¿dolor? ¿rabia?

El Mayor Médico, cree hayan sido originadas por el piquete del mosco. ¿Para qué contradecirle?

Escribo estas impresiones en la enfermería... ignorando si escaparé.

Si muero, no tendré la satisfacción de haber llegado a convencer al doctor del verdadero origen de mi mal. Y si vivo, ya sobraré tiempo de repetirle: "Me enfermó pensar y pensar en aquel cuadro que se

desarrolló a mi vista: un Teniente sentado a horcajadas sobre un tronco recién derribado y riendo a más y mejor del pobrecito Chicho; las manos puestas en los muslos y como en jarras; aguardentosa la voz; sucia la ropa en la que apenas si se destacaban las espiguillas ennegrecidas del uniforme...”

Por lo menos diré al Mayor Médico cómo de tanto pensar llegué a una observación, y le diré también que mi observación es ésta:

¡El clima del Territorio oxida las espiguillas... y ennegrece las conciencias!

SUTJAS.—1905



ANDREA



---

---

## ANDREA

### I

—Y parecértelo en lo honrado... ¿has entendido?

—Pero mi jefe, pregunte a todo el mundo.

—Yo sé más que todo el mundo; nada voy a preguntar. ¡Media vuelta!

El pobre Ratón quedóse con un palmo de narices; y hablando con propiedad, atendiendo a las dimensiones de la suya, pudiera bien decirse: "con varios palmos de narices."

Cuanto le acompañábamos en aquella representación, sentimos el frío que invade el alma ante las grandes injusticias. Hacía más de ocho días, el rancho estaba reducido a un poco de caldo y un pedazo de carne, sin garbanzos ni arroz; habíase disminuido a la mitad la ración de pan. Esto despertó el disgusto consi-



guiente, pues el trabajo, lejos de aligerarse, aumentaba inconsideradamente. Debíamos derribar un montículo para dejar expedita la calle, y con el material del mismo rellenar los baches de las calles vecinas. No era posible dejar así las cosas y por ende resolvimos poner en conocimiento del jefe que buena parte del malestar se debía a Vicente. *Remilgo el Despensero* robaba descaradamente nuestras provisiones para hacer con ellas guisotes y refrescos vendidos a buen precio a sus mismos expoliados. Se lo diríamos al jefe, ¡pues no faltaba más! Allí estaban para eso Samuel, a quien no se anudaba la garganta para decir tres verdades seguidas, y Fortunato, capaz de ponerle charreras al Cristo de Tapachula... Nada, el jefe nos dió con las puertas en los hocicos, y fuimos presa de ese frío conocido sólo de cuantos sufren hambre y sed de justicia.

—¡Han visto!—dijo Samuel—¿es o no verdad?

—Es.

—¿Fué honrado mi proceder?

—También.

—Luego estás convencido...

—De que somos una horda de brutos...

¡Por ser verdad y de honrados el decirlo, no se sigue que nos lo tengan de creer!

Chamula acomodaba, indiferentemente al parecer, el remiendo nonagésimo quinto a su pantalón policromo; pero al oirme, y sin poderse contener, suspendió la tarea para interrogar:

—¿Qué significan los venticinco centavos señalados al operario para entregárselos en dos mitades *iguales*: una en pasta y la otra en alimentos?

—El gobierno dispone de nuestra libertad... nos pide trabajo, y nos lo remunera.

—¿Luego esos trece centavos son muy nuestros?

—Sin duda.

—Luego el alimento es debido.

—También.

—Luego, si el despensero nos adelanta tres cuartas partes de la decena, abusando de nuestros vicios, y se queda con todas ellas a fin de mes, y nos roba las provisiones, y las convierte en chimoles, es un ladrón. Y tú y todos nosotros unos marranos. Estamos en calidad de esqueletos y no somos para dar a ese bicho un

buen palo en donde *le hace remolino el cuero*... ¡He dicho!

Una aprobación general saludó sus palabras y después nos entregamos con la indolencia de siempre en brazos de la vida inferior. Quién tirado en el suelo: Natividad, con tres operarios y un soldado, se refocilaba en su pasión del *hueso*—llamamos así el juego de dados—. Chamula reanudó su tarea viendo de encontrar lugar donde adherir un nuevo remiendo a su legendario pantalón. Se reía en el corrincho, se murmuraba y se discutía, volando de grupo a grupo insultos, palabras obscenas, en tanto que otros, sin alientos siquiera para hablar por hallarse reducidos gracias al paludismo a una pasividad lastimosa, se conformaban, éstos, con rascar sus llagas o su sarna y aquellos con organizar una batida contra los piojos de sus andrajos.

—La Despensera—dijo alguien—. Con efecto, calle arriba y en dirección a nosotros venía ella, la esposa de Chente. Alegre, de andar ligero y breve; el pelo sujeto como al descuido en la nuca; el rebozo cruzado al pecho a manera de bando-

leras, del que jugueteaban las puntas libres hacia atrás a merced del aire. No era hermosa, pero nos lo parecía; faltaba o sobraba algo en su carita... no sé. Tal vez fuera que sus grandes ojos negros de asustadizo aspecto, al ver de golpe la vida, pensarán en escaparse de las órbitas, y, sin acertar a salir o entrarse, le quedaron saltones. Quizás chocase en su carita oval de nariz aguileña el aspecto que ésta le daba de figura extraída de algún antiguo y mal ejecutado lienzo. Era ella.

Andrea había hasta entonces defendido con su atmósfera a su esposo, del enojo de los expoliados. El polvillo dorado por el sol, interpuesto entre ella y nosotros, la hacía como surgir... No caminar, sino deslizarse. A su espalda, entre el follaje, moría el sol.

Nos saludó al paso, pero al contestarle no nos pusimos, según era costumbre, de pie. Debíó notarlo, llevóse la mano a la frente... Tal vez para quitar las hebras del pelo que en ella jugueteaban... quizá para ahuyentar la tristeza producida por aquel anuncio de su desastre.

Una cuchufleta de Chamula cambió en hilaridad la angustia del momento: "Es-

ta es el gancho para fracturar la despen-  
sa... por eso está canija; Chente es el  
tanate para acarrear las provisiones...  
por eso está rechoncho."

Y llegó a sus oídos el eco de nuestra  
carcajada, y apretó el paso la pobrecita...  
Su caída era un hecho.

Para mí, no podía venir a menos tan  
deliciosa criatura; ni cómo, si me constan-  
ban de cerca, en mi calidad de asistente  
del marido, sus angustias, sus lágrimas  
devoradas en silencio. Oh, ya procuraría  
reconciliar a todos con ella.

## II

El silbido del gavián entre los pollue-  
los; el "Sálvese quien pueda" de un nau-  
fragio; el grito "¡Los indios!" lanzado así,  
de pronto entre los soldados que cubren  
las escoltas de los caminos, no produci-  
rían dispersión tan desordenada como la  
ocurrida en ese momento. Dejó Nati los  
"huesos;" perdió Chamula el hilo... yo  
mismo salté del pedrusco escabulléndome  
entre los demás. Era que Chente venía con  
dirección a nosotros.

¡Vicente!

Preguntaba un día un aprendiz de pin-

tor a su maestro: ¿Por dónde empiezo a  
copiar este retrato?

—Por lo que encuentres en él de carac-  
terístico—le respondió.—Si tal retrato hu-  
biera sido el de Vicente, el discípulo en  
cuestión habría empezado a copiarle...  
las nalgas. ¡Eran de verse aquellos desco-  
munales promontorios!

Ventrudo, alto, amarillo, como si su  
hambre de oro le hubiese pigmentado la  
piel con el color del metal amado; ojos  
lánguidos; pelo rebelde y lacio. Era, se-  
gún Felipe, de los de mascada en mano,  
paso corto y bien meneado. Una llaga so-  
cial, un don Nadie, transformado en se-  
ñor gracias a un magnate.

¿A dónde se encaminaron los demás por  
no saludarle? no lo sé; yo me encaminé  
a su casa: a esas horas empezaba mi tra-  
bajo, y había mucho por barrer y no me-  
nos por sacudir.

El delantal blanquísimo; las mangas de  
la blusa remangadas hasta el codo, risue-  
ña en medio de los operarios ayudantes  
de su faena, estaba Andrea, nerviosa, ágil,  
repartiéndose en todo. Si los tamales te-  
nían su punto, si era o no bastante el azú-

car de los refrescos; si el aspecto de los dulces provocaría a los chicos a gulsusmear.

Momentos después, cada vendedor por su lado, y a comenzar el aseo de la casa. Ese era de mi incumbencia.

—¡Alabado sea Dios!—dijo Andrea—y se dejó caer en la silla de extensión, doblados los brazos hacia arriba, y descansando su interesante cabecita en las palmas de las manos. Dejó vagar su vista en el techo, en tanto golpeaba nerviosamente el suelo con el tacón de su botina. Sin interrumpir el pensamiento que en ese instante la intrigaba, y por decir algo tal vez, me preguntó: ¿De dónde eres?

—De Cosamaloápam.

—Y estás aquí desde...

—Desde hace dos años, cinco meses y seis días.

—Ha de faltarte poco.

—No señora; me sobra mucho.

—No comprendo.

—Cuando me *refundieron* a operarios, me faltaban nueve meses para cumplir... y aun no cumplo, porque, para la vida pasa el tiempo, por eso se vuelve uno viejo; para los muertos se cuentan los días, por eso botan los huesos de quien no tie-

ne sepulcro en propiedad: para los refundidos a operarios, no corre el tiempo. Cuando me levanten esta sentencia *económica*, y hayan transcurrido tres o cuatro años, me faltarán para cumplir mi enganche como soldado, los mismos nueve meses.

—¿Y cuando cumplas vas a dedicarte a...?

—Leer y pensar mucho.

—¿Estabas entre los manifestantes?—preguntó con intención.

—Sí—le respondí sin inmutarme.

—Hiciste muy mal; tú no lo ignoras... nunca he aprobado esto. Era preciso haberme casado y venir al Territorio con todos mis años, para saborear la *luna de miel*, convertida en Maritornes de toda la juanada. Ya ves cómo hablo claro, y también leo y también pienso, pues sé quién era Maritornes—. Y se repantigó en la silla de extensión, doblados sus brazos hacia atrás, descansando en las palmas de las manos su interesante cabecita, en tanto golpeaba el suelo nerviosamente, con el tacón de su botina.

¡Quién no hubiera sido operario en ese instante! ¡era ella! ¡la reina! Ya lo con-

taría yo a gritos a cuantos quisieran oírme... ¡pues no faltaba más!

Los pasos de Vicente.

Luego, su voz aguardentosa: “¡La cena!”

Sin saludar casi, ocupó la cabecera de la mesa, poniéndose a leer un periódico, en tanto la gentil mujercita servía la sopa. Y empezó la letanía de siempre: Si no habían puesto bastante pimienta al asado; que en otra ocasión le añadiesen un *si es no es* de cominos; si el flan estaba pasado de punto... y todo ello sin dejar de engullir, y listo en la mano el bocado pronto a mezclarse con el que en aquel momento masticaba.

—Se hará mañana—respondía la dulce Andrea, solícita por adivinarle el pensamiento. Ya después, cuando él terminara, cenaría ella. Esto ocurría siempre.

Una vez concluida la cena, y tras un silencio largo, muy largo, atropellando las palabras a causa de los regüeldos, dijo Vicente, procurando oírse a sí mismo: Hoy cumple años el jefe de haberse encargado de la corporación y con ese motivo le tengo preparado un agasajo popular. Te vistes; yo vendré por ti, pues cuando pasemos por la barraca, has de lanzarle

sus tres ¡vivas! Me tiene muy sin cuidado el viejo... pero eso viste... ¿comprendes?

—No sale bien...

—*Con una*... ¡pues no faltaba más! ¡Aquí yo mando!

Y me salí del cuarto; no quise oír el resto. Salí porque otra vez, sin darme cuenta de ello, tenía mi mano dentro de la blusa oprimiendo con fuerza la cacha de mi faca. Salí en busca de aire por si así lograba ahuyentar aquel mal pensamiento... el de siempre.

Vagué por las tres o cuatro calles en embrión de la ciudad; vagué por las veredas practicadas en la maleza que conducen a los jacales al azar dispersos.

### III

¿Cómo negarlo? Fué todo lo que se llama “echar la casa por la ventana.” El “bajareque” y “guano” parecían remozados; linternas de todos estilos y farolillos venecianos revoloteaban locos, amenazando apagarse a poco de arreciar el viento. Ese día hubo de quedarse muy bien escrito en la memoria del más desmemoriado. La noche misma contribuyó a prorrata dándonos una luna que ni